

Memorialistas & Viajeros

Jesús Lens y Francisco J. Ortiz: “Hasta donde el cine nos lleve”¹

Bartolomé Leal, desde Santiago

Hay pocas veces en la vida en que a las manos de uno llega un libro insólito, curioso, improbable, lejano a los que nos impone el mercado y cercano a lo que son algunas de las vivencias más queridas para un muchacho del siglo XX, como este modesto columnista. Y este libro, de título que por sí solo agita el corazón, lleva un subtítulo que nos acerca un poco más a captar su contenido: “Viajes y escenarios de película”.



Porque, digámoslo abiertamente (y los propios autores lo explican), no existe algo que uno pudiera llamar “cine de viajes”. A pesar de ser el viaje uno de los grandes motores que hacen que la vida (este breve paso por el planeta tierra que todos perpetramos) valga la pena. También otras vidas son válidas, pero repito lo señalado arriba: para un muchacho que nació en la mitad del siglo XX y que vio transformarse el viaje de una quimera inalcanzable a una aventura posible, viajar se transformó en una meta. En principio había una sola forma disponible de hacerlo: leyendo. Y a ello recurrimos con fruición, explorando la rica mina de la literatura popular. Pero pronto se impuso un fenómeno relativamente nuevo, que llenó de manera aún mucho más intensa el imaginario ávido de niños, jóvenes y viejos: el cine.

Muchos de nosotros viajamos así, en las oscuras salas de proyección, al remoto Oriente y al Polo Sur, a los desiertos de Norteamérica y a las selvas africanas, a ciudades tenebrosas y canallascas, por mares tumultuosos y ríos placenteros;

¹ Jesús Lens y Francisco J. Ortiz, *Hasta donde el cine nos lleve. Viajes y escenarios de película*, Ultramarina, Granada (España), 2009

pero también viajamos al pasado reciente o remoto, a futuros deslumbrantes o terroríficos, a universos paralelos y planetas imposibles. Tampoco quedaron fuera los viajes al alma humana, a la maldad desatada, al misterio de la música, a paisajes que no tenían expresión en realidad alguna, a personajes que expresaban los deseos de razas antiguas.

¿Todo el cine sería entonces de viajes? Ciertamente no. Hay también un cine de la banalidad cotidiana, refugiado sobre todo en la televisión, que aplasta nuestros ensueños y nos inculca la conformidad y la pasividad ante la existencia. Para nuestra felicidad, hay un cine que nos saca de aquéllo y nos invita a seguir esa máxima de Enrique Jardiel Poncela, que los autores mencionan al inicio de su libro: “Viajar es imprescindible y la sed de viaje, un síntoma neto de inteligencia”. Lens y Ortiz aclaran que su libro se ocupa de los viajes físicos, aunque también de éstos que podríamos calificar de emocionales o espirituales.

“Cine de viajes” es entonces una categoría que arriesgaríamos llamar transversal. Rompe con todas las clasificaciones que la crítica de cine ofrece para facilitar su acercamiento (*western*, filme histórico, película de aventuras, cine negro, musical). Pero eso no importa a los autores, ya que ellos han hecho una selección (y la cantidad de títulos que analizan hace que uno babe de ganas de verlos) que pasa por encima incluso de los criterios estéticos consagrados. Tampoco es un listado exhaustivo. Este es un libro generoso, cada cual puede agregar sus títulos preferidos, sancionar omisiones y elogiar hallazgos. Los autores, cinéfilos entusiastas, hacen una invitación imposible de desdeñar a sumergirse (y hoy día la tecnología permite una re-visión que antes era casi imposible) en lo que Ángel Fernández-Santos propone (en otra cita): “Cuando nos arrebatan la aventura, la soñamos”. Y nada mejor que recurrir a la máquina que fabrica los sueños: el cine.

Hay muchas maneras de acercarse a la Edad Media a través de la poesía, la pintura, el canto o la arquitectura. Pero, ¿hay algo que se compare (y doy sólo ejemplos) a *El séptimo sello* o *La fuente de la doncella*, para captar la profundidad del oscurantismo, el horror de las plagas, la maldad retorcida de esos tiempos? Las ruinas de Egipto se hallan ante nuestros ojos y eventualmente (si llegamos por allá), rindiéndonos al acoso del negocio del turismo, podemos tener acceso a esos vestigios de otro tiempo. Pero, ¿es comprable al Egipto redivivo, resplandeciente o tenebroso, que vemos en *Cleopatra*, *Tierra de Faraones*, *Sinhué el egipcio* o *Faraón* (del polaco Kawalerowicz)?

Dice Jung, citan los autores: “El viajar es una imagen de la aspiración, del anhelo nunca saciado... El arquetipo del viaje es la peregrinación al ‘centro’ o tierra santa; la salida del laberinto”. A mí se me vienen a la cabeza *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, *El salario del miedo* y *Busco mi destino*. Y atención a este detalle: tampoco aquí se trata de recaer en el viejo debate sobre la adaptación literaria. Cuando hablamos de “cine de viajes” podemos, sin

veleidades, remitirnos exclusivamente a lo que la imágenes nos ofrecen, lo cual nos permite (pido perdón por la herejía) a veces gozar de malas películas que sin embargo nos dan atisbo de cómo en ciertas épocas se veía el mundo. Porque, y he aquí un punto importante: cuando miramos *Espartaco* estamos frente no sólo a la rebelión de esclavos que narra Howard Fast en su novela y que Kubrick llevó al cine en 1960, sino que también estamos de alguna manera viajando a los años 60 y sus valores recónditos. Como en la saga de Austin Powers, se podría acotar. *Volver al futuro* ¿no es uno de los más bellos títulos en la historia del cine?

Nos gana el entusiasmo ante este libro tan fascinante. Un tesoro escondido. Una guía por el país de los sueños. Sueños que, como para quienes los soñaron, nos llevan a la Prehistoria y la Edad Antigua, a la Edad Media y la Edad Moderna, al siglo XX, al XXI y al futuro (hasta el infinito y más allá). Un libro de cabecera, que se agradece, para el cinéfilo de hoy y de siempre.